

Rafael Azcona entre todos nosotros

Juan Cruz

Siempre se ha dicho de él que es un anacoreta; no es verdad.

Lo que no es Rafael Azcona, entre otras muchas cosas que no es este riojano fabuloso que vino a Madrid a calentarse un poco, es un exhibicionista.

No se exhibe, no está en los saraos, vive de día, abandonó la noche; está lleno de vitalidad literaria, y de conocimiento, pero tampoco los exhibe; prefiere refugiarse en las anécdotas propias que fabricar memoria con lo que alguna vez dijeron los otros famosos; se ocupa de la compra y de la casa, pero parecería que es un ángel que jamás ocupa sus manos en lo que a otros agobiaría tanto; no habla de su vida privada, o no hablaba, hasta que surgieron los nietos y entonces no tuvo más remedio que comportarse como un abuelo; no deja caer nombres en la conversación, y ha conocido un sinnúmero de los grandes nombres que lo han sido todo en el cine mundial; ha hecho algunas de las mejores películas del cine europeo, pero prefiere hablar de la calidad de las sardinas; escribe como los dioses, con una envidiable velocidad de ritmo, pero no te dice, al caer el mediodía, cuánto ha hecho de lo que tenía que hacer por la mañana; responde al teléfono con entusiasmo y con jovialidad aunque sobre su mesa de trabajo estén cayendo chuzos de punta; no te habla de lo que pasa en sus viajes, prefiere preguntarte por los sitios donde tú has estado.

No es un exhibicionista, pero tampoco es un vanidoso, ni un petimetre; no te da lecciones, sino que te las pide; comparte sus experiencias sólo cuando éstas le disminuyen. Cuando habla de

los otros lo hace con un respeto que parece anglosajón; se distancia, como quería Rudyard Kipling, de la victoria y del fracaso, y a los dos impostores les presenta cara. Un día le pregunté: «Rafael, ¿y no te vas de vacaciones?» «¿Yo? Si yo ya me fui de Logroño». Convirtió Logroño en un sitio mítico, a sus padres en personajes que han circulado entre nosotros como parte de una leyenda de carne y hueso, preocupados en medio del páramo de la posguerra y escuchando las radios extranjeras debajo de una mesa camilla; lo vimos llegar a Madrid, equipado con un lápiz, le vimos dibujar o escribir en *La Codorniz*, le hemos visto tomar gin tonics en la barra de un bar de Ibiza, y le hemos espiado, como hizo Ignacio Aldecoa, cuando recibía los giros postales con los pagos por los artículos que hacía en esa revista de humor. Le hemos visto en todas esas situaciones porque lo han contado otros, pero a él le hemos escuchado muy poco decir de sí mismo, vanagloriarse de sus glorias, envanecerse de sus improbables vanidades.

Porque no es un exhibicionista.

No es un anacoreta como lo fue su amigo Fernando Fernán-Gómez; por otra parte, como durante muchos años nadie ha visto su cara, nadie le hubiera venido con una alcachofa televisiva a preguntarle estupideces, y por tanto no se ha sentido casi nunca precipitado a esa vorágine actual de las declaraciones sobre nada; no, no tiene el carácter de Fernando, pero es un anacoreta como él, le gusta el recogimiento, el silencio del estudio matinal, y se ha sentido ahí tan feliz, tan colmado, que ha repudiado lo que sucede a partir de las ocho de la tarde; sale de casa sólo cuando es preciso, aunque es coautor, al menos difusor, de una frase gloria del actor Antonio Gamero: «En ningún sitio como fuera de casa».

Sobre él han caído todo tipo de leyendas; tan alejado estuvo de todo, y de las fotos, que un día le suplantó su amigo José Luis García Sánchez en la recepción de un Goya que le correspondía, y su propia hermana, que vio la televisión en Logroño, creyó que aquel tipo con gafas era su hermano Rafael. No lo era, claro, era José Luis, pero a Rafael le dio pereza desmentírsele. Un día le pregunté: «Rafael, ¿cuál es la pregunta que más te ha incomodado en la vida?» Y él dijo, con la rapidez del rayo, porque siempre responde con la rapidez del rayo: «¿Qué coño hacemos aquí? Preguntarme qué sentido tiene la vida me produce un desasosiego

tremendo, porque no sé qué responder, y para escapar de ese desasosiego recurro a soluciones muy poco airoas, incluso vergonzosas, pues me conformo con decirme que el único sentido que tiene la vida, al menos la mía, es descubrir por la mañana, cuando me despierto, que sigo vivo».

Durante años se ocultó de todos porque estaba trabajando; trabaja desde muy temprano; cuando aún están las aceras vacías y le ponen el periódico en el felpudo de su casa del Paseo de La Habana, Azcona ya está trabajando. Escribiendo guiones, respondiendo cartas, haciendo el bien. ¿Haciendo el bien? Haciendo el bien. No conozco a nadie tan dedicado a los otros, y tan delicado. Lo hace con la otra mano, y jamás lo reclama. Felicita las pascuas, se acuerda de los cumpleaños, te envía películas o libros si has mostrado algún interés por ellos. Escribe en silencio; le he visto en muchas de las etapas de su vida en estos diez u once años que he tenido la suerte de tratarle. Jamás le he escuchado, en las tertulias que habitualmente hacemos, hablar de su propio trabajo; se interesa por el de los demás, y habla del suyo sólo si le preguntas, y cuando responde lo hace como si estuviera hablando del trabajo de otro.

¿De dónde le viene esa capacidad para abstraerse de su propio ego? Que lo tiene satisfecho, y que a lo largo de la vida se ha encontrado ante el estanque con tanto Narciso egocéntrico que él se ha retirado de la luminaria y cuando se ve en el espejo se mira opaco. Son libros son veloces, como si se los escribiera una maquina de su invención, llena de sustancias melancólicas, irónicas, risueñas; al fondo siempre hay un regusto de melancolía, la expresión sabia de que él hubiera estado más cómodo sentado en la azotea de un hotel de Roma haciendo aviones de papel y lanzándolos al cielo en un día de sol. Luego bajaría a un café a tomarse un gin tonic, esperando que la felicidad le devolviera la generosidad con la que él mismo trata a la vida y a los otros.

A lo mejor, en medio de ese estado, escribe una o dos palabras, para qué más. Pero como ese sueño nunca se ha podido cumplir, ahí lo tenemos, trabajando, con los folios delante, escribiendo como un sabio a quien la melancolía lo convirtió en un anacoreta. ©

